

Ricardo Palma, Bibliotecario

por Luis Fabio Xammar.

Año de 1883 y el Perú. Era un momento crucial para la nacionalidad. La dura experiencia de la guerra constituía una droga fortísima para el joven organismo de la república. Cabían dos caminos ante la voluntad del país: postrarse irremediamente en medio de la amargura de la derrota o reaccionar con fe promisoría de mejores días futuros. No era exclusivamente una mutilación física; había profundos dolores espirituales y entre ellos, la pérdida de su Biblioteca Nacional era razonado y consciente.

En realidad la postguerra se entendía como una era donde se reajustarían conducta y propósitos futuros. Los gobernantes, sin embargo, se enfrentaban a la nueva etapa con optimismo y seguridad. Para buscar inspiración no volvían los ojos hacia el pasado inmediato, sino que con sabia intuición indagaban en la época sagrada de los albores de nuestra vida independiente, para extraer una enseñanza más propicia a la reorganización nacional. Y en lo que respecta a la Biblioteca ¡qué ejemplo tan elocuente podrían encontrar! El 28 de Agosto de 1821, apenas proclamada la independencia, San Martín creaba la primera institución de Cultura del Perú, haciendo, personalmente, donativo de un grupo de libros. También el Decreto firmado por Torre Tagle y Monteagudo, con fecha 8 de Febrero de 1822, traía en su considerando, frases de sobria, pero profunda elocuencia: "Todo lo que tiene un origen pequeño —decía— y los establecimientos que más immortalizaron al poder humano, algún día solo existieron en el embrión de las ideas del que los realizó. En medio del estrépito de las armas y estando aún bajo el peso de las imponentes circunstancias de una célebre revolución, el Gobierno quiere tener la gloria de abrir al menos la puerta a la generación presente, para que entre a participar el beneficio de los progresos que ha hecho la razón humana en los siglos que nos han precedido".

Miguel Iglesias, en 1883, afrontaba un problema parecido. El Perú iba a reanudar su vida política sin Biblioteca. Las huellas que la guerra había dejado en sus tesoros pacientemente acumulados eran de destrucción. El Gobierno percibió la trascendencia de salvar este problema cultural del Pe-

rú, en esos mismos instantes, sin dilaciones suicidas. Pero eran dos los aspectos que solucionar: conseguir la persona y obtener los fondos necesarios. Era la eterna búsqueda de encontrar el hombre y los medios para una empresa de tanta trascendencia.

Angélica Palma en la emocionada biografía de su padre, y el propio Ricardo Palma en su folleto "Apuntes para la Historia de la Biblioteca de Lima" (1) han pintado el cuadro dramático por el que atravesaba el país en esa época, y el sacrificio del ilustre tradicionista, deteniendo un ya resuelto viaje a Buenos Aires, para dedicarse a esa abrumadora labor. Al ser requerido a aceptar el cargo de Director de la Biblioteca, Palma había exclamado:

"—Pero acaso tenemos Biblioteca? — Sus salones han servido de cuarteles; el edificio se halla en pésimas condiciones; los estantes vacíos; el país arruinado, sin dinero para intentar la restauración.

—He ahí porqué pensamos en Ud. —le contestó el Ministro.—Si hubiera dinero, muchos podrían ser bibliotecarios; en el actual estado de pobreza, solo Ud. Tiene Ud. muchos amigos literarios en América y en España y mantiene constantemente correspondencia epistolar con ellos; pues impóngales contribución y utilice Ud. su prestigio de escritor en beneficio de la patria.

—¿Me propone Ud. que me convierta en **Bibliotecario mendigo**?

—Justamente".

La presión de sus amigos, su patriotismo constante y su espíritu de héroe laico dispuesto siempre al sacrificio, impulsaron a Don Ricardo Palma a aceptar este regalo de abnegación y rara esclavitud. El 2 de Noviembre de 1883 salía el Decreto de fundación de la nueva Biblioteca y en su artículo 3º se disponía su solemne reapertura el día 28 de Julio de 1884, o sea, ocho meses después. Ese mismo día era nombrado Director de ella Don Ricardo Palma.

Ricardo Palma había recibido el legado de una Biblioteca en escombros. En su informe del 12 de Noviembre de 1883, a los diez días de su nombramiento, dice textualmente:

"Biblioteca no existe, pues de los cincuenta y seis mil volúmenes que ella contuvo, solo he encontrado setecientos treinta y ocho, en su mayor parte obras en latín, y aun muchas de estas truncas. . . De la rica sección de Manuscritos queda únicamente el recuerdo. . . La estantería de cedro de los Salones América y Europa, construída en 1878, ha sido despojada de todos sus anaqueles y destrozada su ornamentación. Tampoco existen los cristales de esa estantería, ni los de las farolas. . . Los andamios, especialmente construídos para las colecciones de periódicos, los retratos, cuadros y pla-

(1) Apuntes para la Historia de la Biblioteca de Lima.—Lima, Empresa Tipográfica La Unión, calle de Boza N° 847.—1912 .

nos que adornaban los salones, mesas, sillas y demás muebles, también han desaparecido... Uno de los saloncitos de depósito fué convertido en caballeriza, y del otro que contuvo los siete mil setecientos setenta y siete volúmenes donados por Fuentes Pacheco, no quedan ni los estantes..."

Tal era el cuadro pavoroso ante el cual se enfrentaba. Muchos eran los problemas que solucionar. En primer término el Local, cuyo estado ruinoso era patente; enseguida, el mobiliario; luego la labor de rescate de los libros vendidos a ínfimo precio para ser utilizados como papel de envolver en las tiendas; a continuación, encauzar la ayuda nacional y extranjera dentro del programa de reconstitución y, como culminación de todo ello, la reorganización de los fondos bibliográficos en forma tal que en el brevísimo plazo propuesto, la Biblioteca pudiera entrar en servicio.

Aunque podría parecer una labor vertiginosa, el 28 de Julio de 1884 se inauguraba con toda solemnidad la nueva Biblioteca. En su Memoria Palma expresa conceptos de sobria pero certera afirmación:

"Llamado hace ocho meses por la benevolencia del Jefe de la Nación al desempeño de un cargo harto honorífico para ya un viejo tributario de las letras, si bien acaso superior a mis fuerzas, ilustración y merecimiento, cumplo presentar rápida y compendiosa reseña de lo realizado en tan breve espacio de tiempo. Al hacerlo cábeme la gratísima satisfacción a la vez que la singular fortuna, de ver unido mi modesto nombre a la primera obra tangible que, después de largos años de cruentas desventuras, nos reconquista la merecida fama que, entre los pueblos cultos alcanzaron siempre el saber y el ingenio de los compatriotas de Olavide, Peralta y Felipe Pardo".

Luego, Palma hace una rápida revisión del proceso de existencia de la Biblioteca antes de la guerra con Chile y de los tesoros en ella contenidos. Al ser inaugurada por San Martín, la Biblioteca contaba con 11,256 volúmenes, de los cuales 600 fueron obsequio del propio General y sus ministros Monteagudo y García del Río. Las comunidades religiosas, el Cabildo y la Universidad contribuyeron también a formar este fondo inicial. Gracias al importante donativo de Miguel Fuentes Pacheco, de su biblioteca particular con 7,777 volúmenes, en 1830 la cifra ascendió a 20,488 volúmenes, de acuerdo con la clasificación de Córdova y Urrutia en su obra sobre Lima. Francisco de Paula Vigil y el Coronel Manuel Odriozola contribuyeron a enriquecer en forma notable su caudal durante sus gestiones al frente de la Dirección de la Biblioteca, de modo que la guerra del 79 sorprendió a la Biblioteca con un caudal superior a 55.000 volúmenes.

No desde un punto de vista cuantitativo sino cualitativo, la Biblioteca de Lima albergaba en sus anaqueles apreciables riquezas. Existía una importante y variada colección de ediciones de la Biblia; magníficos ejemplares de los clásicos griegos y latinos en ediciones plantinianas y elzevirianas; y las modernas ediciones de literatura, historia, filosofía y ciencias formaban natural complemento, de las ediciones antiguas o raras. Entre ellas figuraban,

sin ser muchos, algunos incunables, como un Tratado de Quiromancia, impreso en 1499 y obsequio del General San Martín.

En lo que respecta a obras americanas, en Historia figuraban las Crónicas de Solís y Herrera, Bernal Díaz del Castillo, Cieza de León, Acosta, Gomara, Garcilaso y el Palentino. En Arqueología existían las Antigüedades Peruanas de Rivero y Tschudi; los trabajos de Squier, Uricochea, Warden, y Brasseur de Bourbourg. En Geografía y Viajes, Humboldt, Spielberg, Drake, Dampierre, Ulloa, Freizer, Lacondamine, etc. Se contaban ediciones raras, tales como "Nuevo descubrimiento del Gran Río Amazonas" por el jesuita Cristóbal de Acuña; "Extirpación de la Idolatría de los Indios del Perú" por el P. Arriaga; relaciones de Autos de Fé de la Inquisición de Lima, y las Crónicas de Calancha, Torres, Córdova y Meléndez. También figuraban en la Sección Peruana de la sala América, entre otras, las obras de León Pinelo, Villarroel, Peralta, Caviedes, Cosme Bueno, Larriva, Pardo y Segura; una colección muy completa de folletos publicados en el Perú desde fines del siglo XVI y valiosísimas colecciones de los periódicos publicados a fines de la Colonia, época de la Emancipación y comienzos de la República.

Los manuscritos constituyeron preciada riqueza de la Biblioteca de Lima. Cerca de 300 sobre materias teológicas habían pertenecido a los Jesuitas; un numeroso conjunto de sermones de los siglos XVII y XVIII se alternaban con escritos de positivo valor histórico y literario. En la primitiva Biblioteca figuraban las Memorias de los Virreyes Esquilache, Duque de la Palata, Castellar y Superunda, Marqués de Montesclaros, Villagarcía y Castelfuerte, Liñán de Cisneros, Amat, Jáuregui, de la Croix, Marqueses de Mancera y Avilés y Salvatierra. Como dato curioso puede recordarse un notable trabajo de cetrería que perteneció al Emperador Carlos V; un libro de Heráldica; la Crónica agustiniana de Fray Teodoro Vásquez; el famoso "Viaje a la Luna" que en cierta ocasión Palma quiso publicar, pero no fué aprobado el gasto por el Ministerio respectivo; y ocho procesos de la Inquisición además de diversos documentos de la Compañía de Jesús.

Este podía haber sido un doloroso recuento de las riquezas perdidas. Sin embargo el espíritu de Palma era de acción incansable y esperanzada. Al reinaugurarse la Biblioteca, el salón Europa —según expresa en su Memoria— contaba 18,630 volúmenes; "No hay ya en éste espacio para admitir un libro más" anotaba orgullosamente. Más de 4,000 se encontraban en el depósito. Palma hacía destacar, en este sector de la Biblioteca, la importante contribución de los autores españoles: Menéndez y Pelayo, Núñez de Arce, Campoamor, etc. se contaban entre los generosos donantes.

No obstante, el principal propósito del **tradicionalista** había sido formar una valiosa sección americana. El prestigio continental de Palma permitió una múltiple y cordialísima respuesta a su llamado de ayuda. Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Centro América, Chile, Méjico, Venezuela y los Estados Unidos a través del Smithsonian Institut se hicieron presentes con valiosos obsequios. La Sección Peruana formaba parte del Salón América (tra-

dición que se conservó hasta el incendio del año pasado), y Palma la inauguró con 2,300 volúmenes de los cuales 270 eran de **Papeles Varios**.

En síntesis al tiempo de la reapertura, la Biblioteca contaba con 27,894 volúmenes en sus anaqueles de los salones Europa y América y el depósito.

¿Cómo había logrado Ricardo Palma tan crecido caudal? Su plan se diversificó en diferentes aspectos. En primer término logró de la autoridad política un Bando Prefectural dirigido a aquellos que retenían libros de la Biblioteca. Luego comenzó su campaña en el extranjero. El Presidente de Chile, su amigo personal, ante una intervención suya ordenó la devolución de 624 tomos que ya se encontraban en Santiago. En lo que se refiere a adquisiciones, conocedor de que la importante biblioteca del Doctor Fernando Casós iba a ser puesta a la venta, organizó una suscripción encaminada a arribarse los fondos necesarios para su adquisición. Así obtuvo para la Biblioteca una colección de 3,000 volúmenes. Igualmente sus gestiones ante los Ministros de Estado Barinaga y Castro Zaldívar, facilitaron la adquisición de un grupo de 1,300 volúmenes sobre Ciencias Jurídicas y otro de 1,400 referente a Medicina y Ciencias Naturales. El problema de la encuadernación fué solucionado con la colaboración de las Municipalidades de Lima y Callao, aunque como un proyecto definitivo, Palma pensaba en un taller de encuadernación en el Hospicio de Huérfanos.

Con elocuentes palabras termina Palma su primera Memoria: "Con una base —dice— de poco más de 700 volúmenes de obras truncas o casi destruídas por la polilla, único caudal bibliográfico que misericordiosamente nos dejara el aciago destructor de la Biblioteca, se dirá que fué una audacia o colmo de vanidad en mí aceptar el cargo y el compromiso de reorganizar el establecimiento en ocho meses. Mi confianza nacía en la fé íntima que abrigo en la Cultura e ilustración de mis compatriotas, y en que a pesar de las calamidades de la guerra y de la cadena de los infortunios individuales que fueron su desastrosa consecuencia, aún quedaba vitalidad en el pueblo peruano".

El Reglamento que normaba el funcionamiento del Archivo y de la nueva Biblioteca, había sido aprobado días antes. Fijaba una plana directiva integrada por el Director, un subdirector, y dos conservadores, además de los empleados subalternos. Le cupo a Palma la suerte de tener excelentes colaboradores en estos momentos. Fué subdirector el notable erudito peruano José Toribio Polo, y conservadores Manuel Calderón y Enrique Torres Saldamando.

Bajo la juvenil madurez de Don Ricardo Palma, la Biblioteca Nacional siguió su impulso constructivo, con la constante ayuda de la nacionalidad. Así, por ejemplo, el 31 de Octubre de 1885, la Compañía Dramática que tenía a su cargo la temporada teatral en el Politeama, daba una función "anhelosa de contribuir al progreso de nuestra recién restaurada Biblioteca Nacional", en beneficio de ella. Se puso en escena la conocida obra de Manuel Ascencio Segura "Ña Catita".

La reconstitución de la Sección Peruana, tenía dos aspectos: obtener las obras esenciales que faltaban y dar una aplicación a los duplicados. Estos últimos fueron utilizados, en forma especial, en retribuir los obsequios de otros países. Un grupo fué a los Estados Unidos; otro a las Bibliotecas Nacionales de Montevideo y Buenos Aires respectivamente, según reza el oficio que pidiendo autorización dirigió Palma al Ministro de Instrucción con fecha 15 de Marzo de 1886.

Un año después, se dirigía al Ministro de Justicia e Instrucción Pública, (8 de Julio de 1887), haciendo un recuento de la ayuda de los diferentes países:

“Los Salones Europa y América contienen hoy 20,000 volúmenes perfectamente empastados y que son los que se hallan a disposición de los lectores. Hay, además, 9,000 volúmenes que exigen encuadernación, necesidad a la que se va atendiendo paulatinamente con la subvención de 100 soles decretada por la Municipalidad. En 58 años llegó la antigua Biblioteca a reunir 50,000 volúmenes. En poco más de 3 años ostenta la actual un caudal de 30,000. Los Gobiernos de Francia, Estados Unidos y Brasil son los que han contribuído con más copiosos donativos, así como las reales academias Española y de la Historia, Instituto Smithsonian de Washington. Con pocas excepciones todos los literatos de América Latina han favorecido a la Biblioteca con el obsequio de sus obras, distinguiéndose los argentinos, mejicanos y venezolanos”. En la memoria leída el año 1888, declara 15,832 volúmenes en el Salón Europa y 3,725 en el Salón América. Dentro de esta última Sección el Perú estaba representado con 1,972 volúmenes de los que 165 estaban catalogados como de manuscritos y 420 de “varios”. Entre los países americanos ocupaba el primer lugar los Estados Unidos con 1,410 volúmenes, creando ya de por sí un problema de espacio. También informa haber distribuído por órdenes Supremas 6,000 volúmenes duplicados que existían en el depósito y que fueron entregados a las Bibliotecas de Arequipa, Ayacucho, Cuzco, Cajamarca y Huaraz.

La labor de obtener los libros extraviados o sustraídos con motivo de la guerra había proseguido. Sobre los 8,000 obtenidos en la primera etapa, da cuenta de haber recobrado 5,844 más.

Ya por el año de 1888 la Biblioteca Nacional dibuja su perfil con una serena seguridad. Viajero ilustre, sin saberlo demasiado todavía, Rubén Darío llegaba al Callao procedente de Chile. “Fuí desde el Callao a Lima, sólo por conocerle, en febrero de 1888” contará el gran poeta americano. Luego, sus prevenciones de encontrarse con un ogro y su pintoresco viaje en coche, hasta encontrarse ante las puertas de la Biblioteca Nacional. Temeroso, reflexionaba: “...valor y adelante. Dos golpecitos en la puerta... De un regaño no ha de pasar...”

La acogida es muy otra de la que pensaba el poeta. Le recibe una voz colmada de entusiasmo y simpatía: “¡Oh, mi señor don Darío Rubén!...” El tradicionalista con su cordialidad había alterado el seudónimo ya célebre,

lo había convertido casi en un apellido. Y a continuación construye Rubén Darío, la atmósfera llena de emoción y austeridad de los salones de la vieja Biblioteca. Dulce fisonomía que también encerraban sus paredes, olvidando un poco la brega diaria y los terribles sinsabores y penurias administrativas.

Así transcurrían los años. Al hacer el recuento del camino recorrido, Palma nota el año de 1890 un alegre acontecimiento bibliográfico. El Gobierno había adquirido la Biblioteca que perteneció al ilustre historiador y geógrafo peruano Mariano Felipe Paz Soldán (2). Era una real y valiosa adquisición, notable por sus **manuscritos** y por sus **Papeles Varios**. Persiste Palma en su idea de editar, valiéndose de las facilidades que puede otorgar la imprenta de "El Peruano" un catálogo, aunque sea simplificado de la Sección Americana; también le preocupa la idea de reformar el Reglamento de la Biblioteca poniéndolo a tono con las nuevas necesidades.

(Como un interludio entre tan árduas tareas administrativas y tan abstrusas comprobaciones numéricas, podemos recordar, en este instante, cómo en el verano del año 1892, apuntó en la mente del tradicionista la idea de instalar una gran reja por "la necesidad de aislar la galería de pintura, de los salones donde se encuentran los libros" para que el público visitante a la exposición de pintura pronta a realizarse, no sufriera tentaciones bibliográficas. Así es como surge la silueta de la tradicional reja situada en el interior del salón de lectura de la antigua Biblioteca, y que sólo el incendio de Mayo de 1944 ha podido destruir).

Desde Julio de 1892 al 4 de agosto de 1893, don Ricardo Palma estuvo ausente de la Biblioteca, por haber sido investido por el Gobierno con el cargo de Delegado del Perú a los Congresos literarios, Americanista y Geográfico que funcionaron en España, con motivo de la celebración del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América. Durante esta época ejerció las funciones de Director el ilustre poeta peruano Luis B. Cisneros. Al reencargarse de su puesto el tradicionista en su memoria del año 94 le rinde homenaje: "durante mi ausencia, el Director interino don Luis B. Cisneros supo, como era de esperarse de su reconocida ilustración y aptitudes, mantener en orden el establecimiento y trabajar provechosamente por su progreso y prestigio".

El viaje de Palma a España, resultó muy fructífero, pues su contacto directo con las Instituciones hispanas, produjo como resultado la obtención de cerca de mil quinientos volúmenes destinados a la Biblioteca de Lima. Una versión llena de colorido de sus andanzas españolas ha quedado en su libro "Recuerdos de España", entre irónico y sentimental.

(Un trágico paréntesis en esta época, queda marcado con las quejas del

(2) El Congreso había autorizado al Poder Ejecutivo, a realizar esa adquisición, por Resolución de 25 de octubre de 1888.

tradicionalista porque a los empleados se les adeudaban seis meses de haberes. La penuria de la Caja Fiscal, ponía esta nota de miseria en la vida, siempre proscrita y olvidada de estos artesanos de la Cultura).

La catalogación de la Biblioteca fué una de las constantes preocupaciones de Palma; también las dificultades materiales eran constantes. Pero él se remite al futuro, sin dejarse ganar por el pesimismo: "el catálogo, que por ahora llena las necesidades del servicio de oficina, no tiene otro carácter que el de inventario o catálogo de librería, por orden de materias. La formal catalogación será tarea de mejores tiempos, y cuando lo permitan las reformas materiales que el establecimiento reclama".

Por esta época (1896) la Biblioteca se engalanó con un valioso donativo. Se trataba del legado de don Emilio Sanz, que dejaba a la Biblioteca 2,500 volúmenes. Con legítimo orgullo anotaba Palma que, gracias a sus esfuerzos la Biblioteca de Lima ocupaba, entre las de América Latina, el cuarto lugar después de las de Río Janeiro, Méjico y Santiago, y que los anaqueles ya no bastaban para albergar el número siempre creciente de los libros que enriquecían la Biblioteca.

Efectivamente dos de las Secciones más preciadas de la Biblioteca, la de Manuscritos y la de Papeles Varios, experimentaron un apreciable aumento. Los Manuscritos se agrupaban, hacia el año de 1897, en 296 volúmenes, y los Papeles Varios formaban 1,190 volúmenes "con un total aproximativo de 15,000 opúsculos".

Las vinculaciones de la Biblioteca con el Gobierno, fueron siempre muy cercana, por épocas muy amistosas y, a veces, ásperamente cordiales. Hubo Jefes del Estado que comprendieron su sentido ejemplar y otras que, aún visitando sus salones, dieron muy sabrosas muestras de su falta de familiaridad con estos mundos del espíritu.

Quedan dos anécdotas que son al mismo tiempo testimonio de este admirable clima en que vivían los Presidentes y de la sutil ironía del bibliotecario.

Hay conmoción en el establecimiento. El Presidente de la República va a visitar la Biblioteca. Movimiento de empleados, comovedora revisión de los anaqueles, esperanza de don Ricardo de obtener de esta visita más efectiva ayuda para su querida Institución.

Su Excelencia recorre los salones y se queda abismado contemplando las estanterías repletas de volúmenes. "Cuántos libros —piensa— cuánta ciencia acumulada en ellos". Se queda meditativo y contempla al **tradicionalista** con respeto; seguramente él tiene la clave de todo lo encerrado en ellos. La admiración lo gana y no puede dejar de exclamar: "—Y Ud., señor Palma, los ha leído todos,"

—Sí, Excelencia. Dos veces cada uno".

Pero esto no es lo único que ha de sorprenderlo. Tiene en su conciencia que este organismo tan poco productivo que se llama la Biblioteca Nacional, cuesta demasiado al Estado ¿Por qué? nunca se lo ha podido explicar. Pero

al salir de la visita, atraviesa la reja tradicional y pasa por el Salón de Lectura, donde hay un numeroso grupo de personas sentadas leyendo. Entonces un rayo de luz entra en su cerebro. Y con la alegría de haber encontrado una solución por mucho tiempo anhelada, se vuelve al Director y le interroga con una implícita afirmación en el tono de su voz:

“—¿Todos ellos son empleados, no señor Palma?”

La imágen de un hombre que lee sentado, era la silueta ejemplar e indiscutible del empleado público.

El horario de la Biblioteca no concluía con la salida oficial. Era precisamente a partir de las cinco de la tarde —cuenta Clemente Palma— cuando se reunía en el Despacho de don Ricardo un nutrido grupo de intelectuales para formar una inquieta y matizada charla. La conversación se enriquecía con el efluvio de las viejas paredes conventuales. La historia nueva y la historia anterior eran glosadas y cobraban corporeidad. Y en el fondo de todo ello se recortaba la figura patriarcal del **abuelo del Perú**, velando por la salud de esta “su hija predilecta”, la Biblioteca Nacional.

Celoso guardián de los tesoros de la Biblioteca, Palma reclamaba gallardamente por sus fueros. En Marzo de 1897, en forma cortés pero enérgica hace notar al Director del Ministerio de Educación Pública, la conveniencia de que los Códices que contenían las Memorias de los Virreyes. Marqués de Mancera y Conde de Salvatierra, “memorias que aún permanecen inéditas” regresaran del Archivo del Municipio a la Biblioteca Nacional.

El año de 1898 fué de felicidad para la Biblioteca, pues por ley del Congreso, el Estado adquirió la Biblioteca de Cipriano Coronel Zegarra. Esta colección comprendía 1,564 volúmenes entre los que figuraban 18 manuscritos (recordemos que uno de ellos era “Flor de Academias”, que Palma editó el año de 1899), y 297 tomos de Papeles Varios (que casi en su integridad, estos últimos, han sobrevivido al incendio de Mayo del año pasado).

Ya en los últimos años del siglo pasado Palma comprendió la necesidad de que una serie de los Manuscritos existentes fueran publicados oficialmente en ediciones de la Biblioteca Nacional. Puesto a la obra inició estas labores llevando a la imprenta “Flor de Academias”. El manuscrito escogido era prácticamente desconocido, pues solo se tenía noticia de una copia existente en el British Museum de Londres. Como es sabido era una recopilación de las producciones literarias a comienzos del siglo XVIII en las tertulias semanales del Virrey Marqués de Castel-dos-Rius. Acompañaba a esta obra una reedición de “Diente del Parnaso” Ríspida colección de sátiras contra los médicos del poeta colonial Juan del Valle Caviedes, por encontrarse agotados los ejemplares impresos por Odriozola en 1873.

Un balance, que sirva de recuento al terminar el siglo y comenzar el siguiente, arroja las siguientes cifras en lo que respecta a los fondos bibliográficos de nuestra Biblioteca Nacional:

Salón Europa	22,114 vols.
„ América	8,726 „
„ Norteamericano	3,540 „
Sección Periódicos	898 „
	<hr/>
Total	35,278 vols.

Pasaba de un siglo a otro nuestra Biblioteca con 390 tomos de manuscritos.

Las publicaciones de la Biblioteca continuaron su ritmo sin interrupción. Aparecieron la “Descripción del Perú” por Tadeo Haenke (edición que provocó una muy conocida polémica); los “Anales del Cuzco desde 1600 hasta 1750”; las “Notas Históricas” por el General Mendiburu y los “Anales de la Catedral de Lima”. La feliz acogida que gozaron estas ediciones en el mundo de las Letras era promisoría de una muy larga vida sin interrupciones. Pero de pronto surge una incongruencia administrativa. Ricardo Palma se ve obligado a protestar con indignación por la curiosa opinión de un Ministro al juzgar “poco apropiado para su publicación, el manuscrito propuesto “Viaje al Globo de la Luna” (lo de la Luna parece que no convenció a su Excelencia, y queda de todo ello un furibundo oficio del Bibliotecario).

Desde el año de 1895 Palma había dado la voz de alarma sobre la necesidad de un nuevo edificio. En sucesivas Memorias se vuelve a ocupar sobre el tema. “No es exigencia inmediata —insiste en su Memoria de 1902— pero sí lo será y muy premiosa antes de diez años, la construcción de un edificio apropiado. El actual pudo, hace ochenta años, servir al fin a que se le destinó; pero hoy reviste caracteres de anacrónico e insuficiente y habla poco en favor de la cultura nacional”.

Los disgustos de Palma eran múltiples en su santa cruzada por crear en el Perú un poco de respeto al libro y a su Institución Oficial. No nos extrañe entonces los términos de uno de sus oficios que lleva fecha 24 de abril de 1904. Palma protesta indignado contra la disposición que autoriza la salida de libros de la Biblioteca para que vayan a diversas reparticiones oficiales de las que no regresarán jamás. “Triste experiencia —dice— en veinte años que llevo al cargo de la Biblioteca, me ha comprobado que en varias de las ocasiones en que el Ministerio me ha ordenado prestar obras a oficinas o personas, he tenido que gestionar, y no siempre con éxito, para la devolución”.

En cuanto a la catalogación, cuya trascendencia comprendía en todas sus proyecciones, expresa (Mayo de 1905) que “la catalogación del Salón América requiere más de 10,000 papeletas según cálculo —y añade— “siempre he estimado que, para nosotros, lo preferente debe ser el catálogo americano tan vivamente solicitado por los viajeros y por las eminencias científicas y literarias del mundo”.

Este mismo año realiza su ideal de organizar un servicio nocturno estable de 8 a 10 de la noche, abriendo las puertas a las personas que por razón de sus labores, no se encontraban en aptitud de gozar de los beneficios de la Biblioteca, durante el día.

Ya por el año de 1911 las palabras de don Ricardo Palma tienen un acento lleno de pesimismo: "Veo con íntima amargura —dice— que mi tan fatigosa como entusiasta tarea de más de un cuarto de siglo, está en peligro de esterilizarse, si el Supremo Gobierno y la Representación Nacional no prestan preferente atención al párrafo de esta Memoria, acaso la última que presentará, pues las dolencias físicas propias de la ancianidad y el desaliento de mi espíritu ante la inutilidad de mis gestiones para que el país ostente su tesoro bibliográfico en edificio digno del nombre y de la cultura nacional, serían fundados motivos, para que yo hiciera renuncia de la Dirección, dejando a un sucesor más afortunado la realización de lo que fué mi ideal perenne. Sin edificio apropiado no hay biblioteca digna de tal nombre, ni catalogación posible, sino un hacinamiento de libros".

Por ese año los hijos de García Calderón donaron a la Biblioteca más de 800 volúmenes que habían pertenecido a su ilustre padre.

A comienzos del año 1921 se produjo un incidente entre Don Ricardo Palma y la Dirección de Instrucción Pública por un asunto relacionado con el nombramiento de un Conservador. El bibliotecario interpretó este nombramiento como una falta de confianza y como una invasión en sus atribuciones. Con fecha 17 de febrero de 1912 presenta su renuncia; es rechazada. Después de insistir dos veces, se firma una Resolución en la que se le acepta "Vista la tercera renuncia del cargo de Director de la Biblioteca Nacional, así como los términos descomedidos de ella".

En el fondo los **términos descomedidos** no eran sino la justa protesta dictada por su orgullo. Un homenaje ciudadano selló el límpido gesto de su propio valor. Pero esto ya no pertenece a la estricta historia de la Biblioteca, es parte sutil de la aureola que rodea una época de la vida del **gran abuelo del Perú**.

El corolario, de toda esta existencia dedicada al servicio de la primera casa de nuestra cultura, se encuentra en el Decreto expedido por el Gobierno peruano el 26 de mayo de 1914:

"Considerando:

Que la Biblioteca Nacional se halla vinculada al nombre y a la personalidad de don Ricardo Palma por haber sido su restaurador, y haberse dedicado a su organización con loable celo y perseverancia por espacio de veintiocho años;

Que es deber del Gobierno honrar los méritos literarios de tan eminente escritor nacional;

Que su versación y experiencia pueden aportar valioso contingente para la mejor marcha del establecimiento aludido;

Con el voto unánime del Consejo de Ministros

Se resuelve:

Honrar a don Ricardo Palma Director Honorario de la Biblioteca Nacional, y Consultor, con el mismo carácter, del Ministerio de Instrucción en los asuntos relacionados con el referido establecimiento.

Regístrese, etc.

Rúbrica de S.E.—Méndez.

Lima ,26 de Mayo de 1914".

Todavía existe el año 1916 un último y definitivo alejamiento entre bibliotecario y su querida Institución . Circunstancias que herían su delicadeza y su orgullo lo obligan a presentar el 3 de febrero de ese año una nueva renuncia, ya ahora, de su cargo honorario.

Mientras tanto, Ricardo Palma, en su retiro de Miraflores marchaba calladamente hacia la gloria.